

A LOS 14 AÑOS MI PAPA YA SENTIA QUE ERA UN HOMBRE

El sujeto popular de Viña del Mar durante la primera mitad del siglo XX

Luis Vildósola Basualto *

A través del presente artículo exponemos una parte de los resultados que ha ido arrojando un trabajo investigativo que realizamos desde la localidad de Achupallas en Viña del Mar, referido a la constitución de identidades populares en Viña del Mar durante el siglo XX. En esta oportunidad nos centramos en el período que va de 1930 a 1960. Corresponde a una etapa donde el sujeto popular presenta su mayor visibilidad como movimiento social dentro Viña del Mar y expresa un gran desarrollo como grupo social. Es un tiempo en que se reconoce a sí mismo como integrante de las clases trabajadoras de la ciudad y habitante de barrios obreros y poblaciones. Aparece jugando un rol destacado en el progreso viñamarino y alcanzando un significativo avance en la conquista de espacio social, político y geográfico en la ciudad.

Introducción

Quienes protagonizan el presente relato forman parte de aquellos procesos de transformación de la sociedad chilena originados hacia fines del siglo pasado, pero manifestados, sobre todo en las primeras décadas de este siglo. La situación de crisis económica que sacude el país con graves secuelas en las condiciones de vida de las clases populares; el agotamiento de proyectos socioeconómicos en diversas localidades que generan como tendencia la descampesinización y el masivo desplazamiento de peones jóvenes hacia las ciudades; el impulso industrialista del Estado Chileno desde finales del 30 y el correlato del desarrollismo con el nacional-populismo como proyecto de sociedad promovido desde el Estado. Los sujetos considerados se encuentran inmersos en una serie de procesos que desembocarán a la postre, en un nuevo estado en las ciudades, caracterizado por la generación de concentraciones obreras en la urbe y el rebalsamiento que generan en ellas las sucesivas oleadas de sujetos populares que enfilan rumbos hacia la ciudad.

Este nuevo estado de la ciudades, aparece ligado a la notoriedad que vienen a alcanzar quienes con posterioridad serán reconocidos con el nombre genérico de «pobladores» pero, que originalmente tuvieron los nombres de arranchados, arrendatarios, callamperos, mejoreros, conventilleros y otra serie de denominaciones que hacían referencia precisa a las condiciones de habitación en las cuales se encontraban.¹

En todo caso, la precariedad de la situación habitacional de las clases populares era una situación que se arrastraba desde fines del siglo anterior, cuando la habitación popular por excelencia pasó a ser el cuarto. Esta era una situación que se daba en casi todas las ciudades de Chile, y con gran insistencia en las del centro del país.

Los «cuartos» comenzaron a dominar, definitivamente, sobre los «ranchos». Ya en 1885, por ejemplo, se contaban en Valparaíso sólo 616 ranchos contra 9.828 cuartos. No era infrecuente hallar que cada uno de esos cuartos estaba habitado por 8 y aun 9 personas.²

El fenómeno se había venido desarrollando a la par de la proletarización industrial que experimentaban las clases populares desde la última mitad del siglo XIX y que se intensificó a partir de los años 30 de este siglo con los desplazamientos masivos hacia las ciudades del peonaje que buscó establecerse ahora como trabajador urbano.

* Asistente social, Universidad Católica de Valparaíso. CIDPA.

1 Cáceres, Gonzalo y Ana María Farías: *Historia de los sectores populares: Santiago y Valparaíso (1850-1989)*, no editado.

2 Salazar, Gabriel: *Labradores, peones y proletarios*. Ediciones SUR, Colección de Estudios Históricos, Santiago, 1989 (segunda edición).

Entrecruzados con los procesos mencionados, encontramos las huellas primeras de la historia de vida de los sujetos que protagonizan este relato. Formando parte de desplazamientos masivos del campo a la ciudad, siendo (a menudo) cuerpo y alma de grupos sociales maltratados y dolidos por diversas rupturas en sus familias originales, integrando masas de individuos que no tuvieron oportunidad de ir o seguir en la escuela, haciendo parte de multitudes de expulsados por el quiebre de los proyectos sociales en sus pueblos natales y obligados desde temprana edad a valerse por sí solos. Mucho de lo que contiene esta historia lo representa la experiencia de vida de don Eduardo Tapia, actualmente (1995) poblador del sector Achupallas en Viña del Mar.

Yo nací el año 21 (1921), en Quillota, pero a los 7 años ya estaba en Viña del Mar. Me vine porque tenía conflictos con mi padre. Era hijo único. Cuando murió mi madre, vivía prácticamente solo en la casa. Me vine con unas tías que vivían acá en 13 Norte.

Fui a la escuela 75, ahí estuve unos meses, me echaron de ahí y me fui a la escuela O'Higgins, donde está ahora el ministerio (Secretaría Ministerial de Educación), llegué hasta cuarto y con mucho sacrificio llegué a ese curso, antes uno no se preocupaba mucho de estudiar.

Tenía como 14 años cuando empecé a trabajar, entré por necesidad, no había cosas en la casa. En ese tiempo no se pedían muchas cosas, en algunas partes pedían que el niño fuera autorizado para trabajar, por los padres o algún otro familiar, pero siempre daban trabajo; hubo infinidad de personas que entraron a trabajar muy jóvenes.

Entré a trabajar a la pavimentación, estaba muy niño, a mí me tomaron por lástima, se reían de mí los demás trabajadores, era muy pesado el trabajo para mí y para cualquiera, nosotros pavimentábamos la calles con carretilla. Después entré a trabajar a una fábrica de corchos, detrás de donde está ahora el teatro Premier, esto debe haber sido por el año 38.

En ese tiempo no había juventud, la juventud la vivía el joven en su época de trabajador; antes se necesitaba ganar plata para salir a divertirse o comprar sus cosas.

Al poco de entrar a trabajar, yo empecé a arrendar pieza. Muchos jóvenes nos veíamos obligados a salir de la casa al poco de entrar a trabajar. Antes nadie se quedaba en la casa, salían aunque fuera a arrendar, pero salían (Eduardo Tapia).

Entre los casos contemplados en nuestro estudio destacamos como constantes, el hecho que mayoritariamente corresponden a sujetos que forman parte de desplazamientos de la primera mitad de este siglo y la diversidad de localidades de procedencia anterior que demuestran. Y aunque nos encontramos con familias que testimonian una residencia antigua en la ciudad (desde el siglo XIX), en alta medida aparecen ligados a los que se vieron obligados a partir durante la primera mitad de este siglo. En sus relatos resalta cierta tendencia a una vida campesina y/o minera en su origen.

Toda mi familia era de acá de Viña. Mi abuelito, vivió en Los Lirios en Santa Inés, él era cochero (Carlos Covarrubias).

Los primeros años los pasé en Salamanca, de las minas pa'entro de ahí llegamos a Illapel... retrocedimos y llegamos a Choapa. Después fuimos a las minas de Potrerillos (María Elena Reyes).

Nací el 11 de febrero de 1904 en Salamanca, valle del Choapa, no conocí a mi padre (Leopoldo Reyes).

Toda mi familia es oriunda de la Provincia de Ñuble, en las cercanías de Chillán. Mis abuelos, mis padres, hermanos y yo nos dedicábamos a la agricultura (Alejandro Morales).

Creo que de Concepción. Digo creo porque desconozco quienes eran mi papá y mi mamá. A mí me dejaron botada en un paradero, anduve por el Mapocho, viviendo de la limosna. Me parece que como a los 7 años llegué a Valparaíso, porque cuando niña, adultos me recogían (Alicia Maerten).

Rumbo a la ciudad jardín

La dura infancia y la brusca adultez

Aun cuando se considere que la infancia no fue igual para todos los niños de las clases populares, durante la primera mitad de este siglo, en los testimonios recogidos destaca el hecho de que mayoritariamente tuvieron un paso abrupto de la niñez a la adultez.

Entre estos menores hubo quienes pudieron contar con un hogar y un medio social, que de alguna manera, les protegió en su etapa infantil. En los casos considerados destaca la recreación favorable que realizan de su niñez las personas provenientes de zonas campesinas de sur del país. A diferencia de otros, éstos rememoran una infancia ligada a un hogar constituido en el campo, con espacios amplios donde aventurar, con libertad de desplazamiento en paisajes bellos y un contacto permanente y vital con la naturaleza. Y aunque en muchos casos se vivió en parajes de gran soledad y en condiciones de vida difíciles, la abundancia de hermanos y la imaginación infantil suplió con el juego el aislamiento que sintieron.

Nos fuimos para un fundo que estaba en Osorno, camino a la cordillera, era muy bonito pero muy solo, después nos volvimos al fundo San Antonio, en Pishuenco para el lado de Valdivia, entre Olquihue y Valdivia, ahí estuvimos varios años, cuando estábamos ahí nos mandaron a la escuela de Pishuenco.

Nosotros jugábamos entre hermanos (éramos 5), no tuvimos muchas oportunidades de tener relaciones con otros niños, excepto en el colegio. El lugar era precioso, nos tirábamos encima del pasto, veíamos distintas cosas en las sombras de los árboles, siluetas de personas, de animales, figuras, igual cuando veíamos las nubes. Unos metros más arriba de la casa estaba el aserradero, ahí veíamos cómo cortaban la madera, íbamos a jugar sobre el aserrín a darnos vuelta toda la tarde como cabros chicos.

En septiembre cuando ya salía el sol con más fuerza se iba a buscar callampas, chagles, una especie de hongo con forma de repollo que sale de los árboles quemados, se cocían y armaban con pino y se mezclaban con los caldos de papas.

(La infancia) Tuvo de todo, buenos y malos momentos, por ser cuando nosotros íbamos a jugar al cerro, estaba la casa aquí y detrás estaba el cerro, era todo campo abierto, había un prado precioso, entonces nos resbalábamos por el pasto; éramos felices ahí jugando. Después había que ir a buscar leña y agua para la noche. Usábamos chonchón para iluminar, pero como a veces no había parafina y no era llegar y salir a comprar, entonces había que alumbrarse quemando colihues y así teníamos que hacer las tareas (Delfina Cerda).

Pero en buena parte de los testimonios que hemos recogido entre quienes tuvieron que emigrar de sus hogares en busca de nuevos rumbos, y también de aquellos que vivieron su infancia en Viña del Mar, aparece la imagen de una niñez truncada por las duras condiciones del medio social y familiar en que se desenvuelven.

Siendo niño pa' poder ganarme la comida trabajaba en un hotel, me trataban igual que a un perro, me hacían dormir debajo de una escalera. En ese tiempo los hombres usaban faldones de sacos quintaleros, no había pa' pantalón. Después fui creciendo y mi abuelita, por ahí me hizo unos pantalones y una chaleca, pero zapatos nada, a patita no más. A los 16 años vine a conocer los zapatos... veía a una niña y me daba vergüenza. De ahí vino el asunto del servicio militar, vino la comisión del Tacna. Andaba la comisión y los cabros se iban a los cerros, a las minas pa' que no los tomaran (Leopoldo Reyes).

Yo sufrí cualquier cantidad de veces el castigo y por eso no me gusta mucho acordarme de la niñez, fue muy terrible, puro trabajo y más trabajo. Me levantaba de madrugada porque mi mamá tenía crianza de chanchitos y había que ir a darles de comer, mi mamá preparaba el afrecho, también hacía pan amasado, mermelada, preparaba todo, vendía frutas. Era una forma de hacer llegar plata por todos lados (Elsa Osses).

Cuando yo estaba en El Mapocho, donde salía a pedir para sobrevivir, cierto día pasó un señor vendiendo berlines y yo, siempre con hambre, lo miré tanto, que él me regaló un berlin y después pasaba todos los días. Yo trataba de ponerme donde él me viera y me regalara un berlin. Como yo tenía piojos, sarna y otras, en ese tiempo andaba una camioneta de sanidad, así es que cuando me pillaban me pelaban, me sacaban los piojos y me bañaban en lindano; entonces él me regalaba un berlin para la peladita. Recuerdo una vez, ahora pienso que era un prostíbulo, porque veía mucha gente, las mujeres con ropa ligera, que alguien me recogió. Entonces habían roperos en las esquinas y me acuerdo que me metía por los rincones, me escondía para que no me vieran. No tenía noción de lo bueno ni de lo malo, pero me escondía porque había tanta gente y ahí en el día todos dormían, entonces yo salía y el lugar era como un cité y había alguien que sabía que yo estaba ahí porque ponía una escalera y me alegraba porque con un cordel a veces bajaban en un tarro sopa caliente o un té, pan o fruta y yo la sacaba, nunca vi quien era. Fueron contradicciones de la vida, cosas muy duras, pero siempre Dios me estaba mostrando que existe bondad en algunas personas (Alicia Maerten).

Las normalmente difíciles condiciones sociales conllevaron el desencadenamiento de una serie de rupturas afectivas en los núcleos sociales básicos de estos hijos de las clases populares de las primeras décadas de este siglo. Esto vendrá a marcar un rasgo constante de desmembramiento familiar prematuro y de sentimientos encontrados a la hora de tratar de comprender o identificarse, sobre todo con la figura paterna.

Lo poco que se recordaba era que su padre era un hacendado que se casó con su madre, siendo ella anteriormente la empleada de la hacienda y que continuó siéndolo después de casada. Más o menos a los seis años el padre los abandonó. Mi papá y su hermano fueron mandados con dos tíos distintos y al poco tiempo murió su mamá. Se dice que a raíz de las golpizas. De esa fecha mi papá no vio a su hermano. Sólo recuerda que su hermano se quedó trabajando en el campo de su tío, cuidando el ganado que dicen fue muy grande. También se recuerda de los malos tratos a los peones de la hacienda; les pegaba con una correa, igual que en los tiempos de la esclavitud (Marta Heredia).

Yo conocí a mi padre en este andar vendiendo para arriba y para abajo. Antes yo siempre creí que mi padrastro era mi padre. Pero vendiendo, la señora me dijo ¿Elsita cómo está su papá...?, trabajando le contesté. Ella me dijo, ese señor no es su papá, ese señor que está ahí es su verdadero papá. Entonces mi papá se para y me abraza... salí corriendo y mi cabeza daba vueltas no entendía lo que pasaba. Fui donde mi mamá y me contesta: lo único que yo sé es que el que te dio de comer, vestir y donde dormir es el Bicho, ese es tu padre. A mí me quedó igual dando vueltas en mi cabeza (Elsa Osses).

Nosotros somos cuatro hermanos, tres hombres y una mujer. La relación con nuestros padres fue muy difícil, fue dura, mi padre nunca se preocupó de nosotros, sino que le debemos mucho a una tía, gracias a ella somos lo que somos. Mi padre era un alcohólico, entonces la vida que llevamos no fue de las mejores, porque él no se preocupaba de nosotros, le importábamos un comino, eso sí, que nunca faltó la comida en la casa, porque podía tomarse todo lo que él quisiera, pero siempre llevó plata para la casa. El vicio tiró más que la familia (Carlos Covarrubias).

Los tempranos rompimientos afectivos con la familia de origen y las dificultades para resolver la satisfacción de las necesidades materiales elementales, se tradujeron reiteradamente, en un salto violento de la niñez a los roles adultos, en cuyo paso por lo general está el hecho de tener que empezar a valerse por sí mismo en diversos planos de la vida.

Mi padre como todos los padres que quedaban viudos buscaban otras cosas, entonces uno quedaba prácticamente botado, yo me vine con una tías y cuando ya estaba un poquito más grande tuve que hacerle empeño para entrar a trabajar (Eduardo Tapia).

Yo empecé a trabajar como a los 14 años, trabajaba en lo que fuera, claro que lo más fácil era la construcción, porque la industria a uno lo recibía con más edad (Carlos Covarrubias).

En el caso de muchas mujeres, las alternativas asumidas, se dieron en el marco de situaciones especialmente críticas.

Nací hace 64 años, mi madre tenía 14 años cuando me trajo al mundo y debido a su corta edad a mí me entregaron a mi abuela, ella me crió, me amamantaba con leche de cabra (María E. Reyes).

Cuando yo tenía 12 años mi papi (padrastro) cambió su forma de ser, encontró otra mujer y también quiso faltarme el respeto a mí. Yo le dije a mi mamá y ella no me creyó. Entonces me juré que con el primer hombre que pasara frente a mí, con ése me iba a casar.

Yo me casé a los 16 años con mi actual esposo que ya casi cumplía los 28 años. Mi esposo también es calerano, nació el 21 de junio de 1921, es de la familia de don Francisco Fuentes Araya, que era gente de buena situación, pero perdieron su fortuna material en una enfermedad que tuvo una tía, según decían por cosas de amor estaba trastornada (Elsa Osses).

La enorme carga de presión que se dejó caer sobre la espalda, la conciencia y los sentimientos de estos niños y/o adolescentes para que respondieran a un modo de valerse por sí mismo, es un hecho que marcó significativamente la experiencia de vida de la juventud popular que vivió en Viña del Mar, durante la primera mitad de este siglo.

Al verse acicateados por la inestabilidad familiar, la crisis laboral en sus pueblos de origen, los escasos ingresos, etc., y al naufragar frente a la indolencia de quienes sí tenían, o la ausencia de una

acción social estatal que les protegiera, estos niños y/o adolescentes se vieron forzados a buscar por su cuenta, o con sus grupos de pares, las formas de encarar este desamparo. Por esto, los sujetos aludidos no reconocen con claridad la vivencia de un período de vida juvenil. El paso de la niñez a la adultez fue brusco, duro y sin intermediación. La juventud en ese sentido les pilló asumiendo roles de adultos, «en ese tiempo no había juventud, la juventud la vivía el joven en su época de trabajador», se vivía siendo ya parte del mundo del trabajo o de la familia propia.

El trabajo antes que la escuela

La lucha por la subsistencia comenzaba a temprana edad; ayudando a la mamá a vender lo que producía la huerta, saliendo de madrugada para buscar alimento a los animales, cuidando el ganado donde fue enviado después que el papá se marchó, haciendo de aprendiz en la faena junto al padre, haciendo trabajos en un hotel o sencillamente echándose al camino como andante. Era un tiempo en que el pan había que ganárselo, aún siendo niño.

El trabajo y la urgencia de tener que aportar al sustento propio es el aspecto que centra y ordena las preocupaciones de vida de estos niños y adolescentes. La obligación de tener que ganarse la vida desde pequeño hace que con frecuencia la alternativa de la escuela sea una experiencia breve y una necesidad lejana como vía de superación.

En la práctica las posibilidades de proyectarse por medio del estudio, casi no existieron para estos infantes de la primera mitad de siglo. Esta era una necesidad que el medio no podía asegurar y en el orden de las prioridades de su grupo, primero estaba el trabajo y la subsistencia, por tanto, sólo unos cuantos lograron llegar a «la preparatoria». Esto ocurrió tanto en zonas rurales como urbanas.

Mi papá iba al colegio y tenía ganas de estudiar pero llegó hasta tercero de preparatoria no más, y como la gente de campo siempre prefería tener un cabro en el campo antes de mandarlo a la escuela, así que llegó a tercero preparatoria (Carlos Zamora).

Mucha gente no iba porque sus papás los ocupaban para que fueran a trabajar con ellos (Eduardo Tapia).

Estudié hasta cuarto preparatoria allá en el sur (Collipulli). Sólo me inscribí en quinto, pero no seguí. Después me vine y me dediqué a trabajar. En todo caso para ese tiempo no era muy extraño abandonar temprano el colegio (Herminda).

Yo llegué hasta tercero de preparatoria, hoy sería como llegar hasta tercero básico. Yo estudié en Pederal, porque soy del norte, de Chincolco para adentro en el campo (Rosa Martínez).

En las zonas rurales del país las posibilidades de seguir estudios por parte de los hijos chocaba con la ausencia de infraestructura educacional necesaria, pero a menudo también con las barreras culturales y económicas que imponía el grupo social de procedencia.

Mi mamá no fue a la escuela, no la mandaron. Yo fui sólo tres años a la escuela, primero, segundo y tercero y ahí no habían más cursos. Debo haber tenido ocho o nueve años cuando entré. Mi mami dijo que los chiquillos tenían que ir a la escuela, aunque sea para que aprendan a leer y escribir.

Mi papi no quería que nosotros fuéramos a la escuela, porque él decía que si las chiquillas aprendían a escribir sería para puro escribirles cartas a los cabros y que la mujer era sólo para casarse y no para estudiar (Delfina Cerda).

Todos mis hermanos optaron por estudiar, a pesar de vivir en un pueblo chico como Collipulli. En el pueblito estudiaban hasta sexto de preparatoria y si querían seguir tenían que ir a Angol o Concepción a estudiar hasta sexto de humanidades (Herminda).

En todo caso, para los menores de clases populares, que vivían en la ciudad, la situación no era muy diferente. Las condiciones de vida de su grupo social y la precariedad que mostraba la infraestructura del sistema educacional del país, no aseguraba la permanencia escolar de los menores.

Con mis hermanos íbamos al colegio de Santa Inés, teníamos que irnos de a pie (desde la parcela de Santa Julia). Antes uno iba por todo el día a la escuela. Me recuerdo que lo que más destacaba era la vestimenta de los niños. Las niñas usaban delantal blanco plisado, amarrado atrás, sin cotona como ahora (Marta Heredia).

Yo llegué hasta sexto no más. Estudié en la escuela 75 que estaba entre 12 y 13 Norte, era una escuela muy pobre, había un arenal y eso era la cancha donde jugábamos fútbol. Antes no se usaba uniforme, nosotros íbamos a pie pelado, los pantalones parchados. El día lunes había revisión de manos, oídos y pañuelo, no importaba que fuera a pata pelada, pero que anduviéramos limpiécitos y con corbata (Carlos Covarrubias).

Para muchos niños el paso por el sistema escolar no fue una experiencia agradable, pues el sistema escolar les hizo notar los desencuentros de su pedagogía con las condiciones de vida de su grupo social. Esta percepción, desalentó los deseos de aprender y estudiar de muchos en aquel tiempo, pues operó como un espacio más donde se manifestaba el autoritarismo del mundo adulto (estatal en este caso) y de reafirmación de los sentimientos de temor.

Yo realmente fui muy poco a la escuela, o sea, fui a la escuela, pero todos los días llegaba atrasada y todos los días me castigaban, era igual que no fuera. Tenían un horario tan rígido en el colegio que si a uno se le pasaba la hora te castigaban, te mantenían hincada sobre arena que revolvían con piedrecillas para que así una fuera mejor; todavía tengo la marca en la rodilla, por eso no me gusta acordarme mucho de la niñez (Elsa Osses).

Me acuerdo que en ese tiempo la escuela era buena, lo único no más que los profesores eran muy autoritarios, aunque en esa época toda la gente era así, había que tener demasiado respeto por los profesores sino varillasos. Después empezaron los carabineros a obligar a que uno fuera a la escuela porque mucha gente no iba, por trabajo o simplemente por flojera o miedo a los profesores; pero los niños se escapaban igual no más (Eduardo Tapia).

En los relatos considerados se va perfilando también una situación desfavorable a la escolarización de la mujer en este tiempo. En múltiples casos fueron ellas quienes, en primer lugar, debieron abandonar la escuela. A la falta de recursos económicos, se le sumaba el hecho que los roles preestablecidos por el medio la obligaban a resignarse en las labores domésticas o a tener que trabajar fuera del hogar.

En el caso mío no podía seguir estudiando, yo estudié los cursos básicos no más, porque tenía que quedarme en la casa, tenía que ayudar a mi mamá que tenía tantos hijos y también muchos los hijos que eran carga de mi papá. Me acuerdo que cuando terminé el sexto básico llamaron a mi apoderado, que era mi papá, y le dieron un papel para que me matriculara en la enseñanza media, humanidades para esa fecha. Entonces fue mi mamá la que dijo que lo sentía mucho, pero la Marta no puede estudiar porque a mí me sirve más que esté en la casa y lo que decían los padres, uno tenía que respetarlo. Mis hermanos grandes fueron a la escuela, pero ni siquiera sacaron la enseñanza básica. Mi papá les decía que por lo menos aprendieran las cuatro operaciones elementales de la matemática, pero no hubo caso (Marta Heredia).

Yo dejé de estudiar para que mis hermanos pudieran hacerlo. Mi padre como obrero difícilmente podía pagar la pensión de uno, así es que imagínese si iba a poder los cinco (Herminda).

Para aquellos años el dejar de estudiar, implicaba necesariamente el tener que barajarse con alguna alternativa propia de sustento.

Nosotros los cabros nos dedicábamos al colegio y después, al tener cierta edad, había que ir a trabajar. En los tiempos de uno, los padres lo primero que hacían era mandarte a trabajar (Carlos Covarrubias).

Había que salir a trabajar y a rebuscársela de algún modo; ingeniárselas para sobrevivir. Esto era por igual para hombres y mujeres, o podríamos decir: para niños y niñas, pero es que en ese tiempo, a los 14 años un niño ya sentía que era un hombre. De manera acentuada este fenómeno marcó el momento de cortar lazos con la familia.

Me salí de la escuela para irme a trabajar. A los 14 años yo estaba trabajando. Cuando terminé la escuela mi mamá me buscó trabajo. Plata yo no veía, era mi mamá la que se cobraba (Delfina Cerda).

Cerca de los catorce años mi papá intentó entrar al servicio militar y como no podía lo tuvieron dentro del regimiento hasta que cumpliera la edad para ingresar, pero cuando lo cumplió no fue llamado. «Para mi papá a sus catorce años ya se sentía un hombre» (Marta Heredia).

Los hombres que no tenían dinero para estudiar fuera del pueblo entraban a trabajar en la industria molinera que allí había. Los más jóvenes entraban a la fábrica de plástico. Yo me vine a esta zona y trabajé en la casa de un médico (Herminda).

A la ciudad con la familia rota

El tener que cortar con la familia de origen y la decisión de enfilar rumbos hacia la ciudad, aparece relacionado a los momentos de crisis que afrontan los sujetos en distintas localidades del país en las primeras décadas de este siglo. Es un panorama en que la obligada partida de un miembro más de la familia se vincula directamente a las condiciones de un contexto que no ofrece alternativa para cambiar esa situación.

... no conocí a mi padre, mi madre se llamaba Rudecinda. Me crié con mi abuelita. Había 4 hombres y 3 mujeres en la familia. Al final quedamos el Enrique, la Rosa Amalia, el José Reyes, y otra hermana que se fue pa' la Argentina; le decíamos la pidená, porque era morenita. En Salamanca el trabajo era bruto no más, mi abuela trabajaba en lavados, mis tíos, unos partieron pa'l norte y otros pa'l sur (Leopoldo Reyes).

Después que lo rechazaron en el regimiento, mi papá se convirtió en un «andante», así le decían en ese tiempo. Conoció casi todo el norte y algo del sur, buscando trabajo. Si no le gustaba o le iba mal tomaba sus cosas y seguía caminando, a otro pueblo o a otra provincia. Siempre nos hablaba de sus caminatas y de lo mucho que sufrió en ellas. Se lamentaba de no haber tenido una infancia normal (Marta Heredia).

En todo caso, para ese período, la situación de una familia de origen alterada por la ausencia del padre o de ambos, con severos quiebres o en proceso de desintegración, es un hecho que aparece extendido en las capas sociales populares, en las principales ciudades del país.

Entre 1906 y 1910, el 37% de los recién nacidos, llegaban al mundo en condición de «hijos ilegítimos» y tal situación llegó a su punto máximo en 1909 donde las cifras superaron el 50%.³

Este fenómeno, de gran repercusión en la estructura de la familia de las clases populares chilenas de principio de siglo, en múltiples casos forzó el desmembramiento del núcleo familiar, cortó de raíz los lazos consanguíneos más próximos y obligó a sus sobrevivientes a iniciar tempranos y vitales esfuerzos para tratar de restituir una imagen de grupo básico de arraigo.

Tenía una vergüenza enorme que me dijeran huacha tonta... En la escuela sufrí mucho, así que no alcancé ni a estar tres meses, por eso me «inventé una familia» (María E. Reyes).

El momento de partir

Entre varios otros, la partida del hogar aparece asociada a la inviabilidad de refugiarse en la familia como estrategia de subsistencia, la carencia de alternativas laborales en las localidades de origen y la presión del medio para que el niño y/o adolescente comience a valerse por sí solo.

A mí me preguntaron si me iba al servicio (militar), tenía 16 años... yo les dije que güeno y me fui al servicio. Estuve un año y tres meses, tuvo güeno pa' nosotros, teníamos un billetito. Después del servicio, mi abuelita habló con el jefe de estación y le pagó de Salamanca a Viña en tren. Venía sin ningún billete (Leopoldo Reyes).

Mi mamá no era de la idea que los hijos se quedaran en la casa, a uno la mandaban a trabajar. La experiencia fue mala. A una cabra chica todavía la meten puertas adentro en casa de una vieja que la manda a todo lo que ella quiere. Se extraña la familia al andar en la calle, pero había que adaptarse, sino había otra manera de vivir, al menos yo no tenía otras posibilidades en esos momentos (Delfina Cerda).

³ Garcés Durán, Mario: «Movimientos sociales y participación vecinal». Seminario Participación y Desarrollo Vecinal, Taller Rukán, Valparaíso, junio de 1992.

Por lo general aquí se corta la etapa de la niñez y/o adolescencia y para quienes tempranamente habían formado familia, el momento de abandonar el suelo natal aparece asociado a la crisis económica que enfrenta su propio proyecto familiar.

Mi esposo trabajaba en la fábrica de cemento hasta que lo despidieron, negándole la indemnización por los 8 y casi 9 años de trabajo. En El Melón mi marido era huincherero dentro de la fábrica, parece que estaba a cargo de la etapa en que sacaban polvo de la piedra. Él entró a trabajar a la empresa cuando tenía 16 años (Elsa Osses).

El rumbo que tomaron se vio influido por el murmullo y los comentarios que otros aventureros y andantes, quizás sus propios padres o parientes cercanos, fueron dejando en cada zona y localidad del norte y sur del país: la ciudad tiene industrias, la ciudad requiere de mano de obra, en la ciudad se encuentra trabajo.

Mi abuelo llegó pocos años antes que mi papá. Mi papá y sus amigos se enteraron que en Viña habían industrias y se necesitaba mano de obra (Carlos Zamora).

En la ciudad también se podía ganar mucho más de lo que pagaban por la jornada en el campo o en las zonas con situaciones económicas deprimidas.

A mi viejito en La Calera le pagaban 10 pesos a la semana. Acá entró a trabajar en la Diner (constructora) y le pagaban 240 pesos. Cuando recibió esto nos abrazábamos con mi viejo y llorábamos de alegría. En esos años daban dos tarros de duraznos por un peso y 8 tarros de jugos néctar un peso, sardinas al aceite 4 por un peso en la avenida Argentina (Valparaíso) que de allí comprábamos casi todo. Los cargábamos para qué decir, dejábamos 100 pesos para comer 100 pesos para nuestro terrenito y 50 pesos para divertirnos (Elsa Osses).

El arribo a Viña del Mar

Para quienes arribaron a Viña del Mar, en el período que va del 30 al 60, la motivación fundamental de llegar hasta acá, es la expectativa de insertarse en un trabajo estable que les permitiera superar la condición de crisis social que arrastraban y realizar un proyecto de vida como sujeto urbano. Pero junto al trabajo, los que llegaban debían afrontar la necesidad de habitación y de grupo básico de arraigo.

En Viña mi primer trabajo fue de tintorero, en Graty, ahí trabajé como 7 años, después entré a la Shell. Me casé el 7 de marzo de 1930, con Mercedes Dolores González Arrieta, la conocí en la fábrica Graty donde trabajaba, tuve 7 hijos, 4 hombre y 3 mujeres (Leopoldo Reyes).

Sin embargo, los hechos y circunstancias en que aparecen envueltas las clases populares y las características propias de la ciudad a la que arriban, hacen que a la larga las motivaciones para quedarse en Viña del Mar se tornen también diversas y complejas.

Mi abuela tuvo noticias de un hijo que hacía años que no veía. Ella quería morir pero no podía, porque era como un castigo pa' ella no haber visto a su hijo. Ese hijo vivía en Viña y se había dado al vicio..., vagaba por ahí, se curaba, dormía en la playa junto con los vagos. Después de escribirse con su madre, la invitó a vivir con él en una casa de cité de la Graty, en 8 Norte. Yo llegué a los 10 años a la ciudad, todavía recuerdo ese día; llegamos en una noche, mi abuelita (que era mi mamá) era redonda como yo, no sabía nada, pero ella viajaba y yo pegada a las polleras de ella, no la soltaba ni por na' del mundo (María E. Reyes).

A mí Viña me gustó desde la primera vez que vine acá, la encontraba parecida a Valdivia, por lo verde y el mar. Antes había venido con los papás de mis patrones, ellos me trajeron a ver a mi mamá que estaba hospitalizada y yo les dije que me iba a quedar acá (Delfina Cerda).

Mi papá en el norte trabajó en las minas sólo por poco tiempo, como a él no le gustaba quedarse mucho tiempo en un lugar, entonces dejaba ese trabajo y se iba a otro lado, hasta que llegó a Viña. Llegó en los años 40 a la zona, aquí entró a trabajar en una construcción de ladrillos, en Quintero, ahí conoció a mi mamá, mi papá tenía 38 años y mi mamá quince. Una vez que se casaron se vinieron a vivir a Viña, entonces trabajaba de mecánico, gracias a lo que aprendió en el norte y después ingresó a la municipalidad. Vivíamos en Santa Inés en el pasaje Maravillar, ahí nació yo, según mi mamá eran puros arrendatarios (Marta Heredia).

El modo de llegar a la ciudad

El modo de llegar a la urbe, aunque por sí mismo representaba una aventura, no era del todo improvisada. Si bien son muchos los que se las echaron rumbo a la ciudad en calidad de meros andantes que pasaban de pueblo en pueblo, sin el ánimo decidido de establecerse, no es menos cierto que ya hacia mediados de los 40 el encaminarse a la urbe adquirió un significado más preciso para quienes en especie de oleadas de trabajadores, hombres y mujeres, jóvenes por lo general, optaron por marcharse de su hogar y lugar de origen y orientar su rumbo hacia la gran ciudad.

En general esta «opción» no fue una alternativa más, entre otras, que tuvieran a mano los desplazados, sino que, en la mayoría de los casos representaba la única manera de resolver los problemas de subsistencia que arrastraban consigo.

En este andar se dieron variados modos de arrimarse a la ciudad, sin embargo, lo predominante fue el arribo en forma de redes familiares o de amigos que se juntaron o se datearon para «ir a probar suerte a la ciudad».

Mi mamá nació en el campo pero llegó chica a Santa Inés, tenía 12 años. Se vinieron los parientes de mi abuela y trajeron a mi mamá. Se venían en grupos parientes y amigos. Mi papá se vino como con cinco amigos a trabajar como obreros, antes se había venido mi abuelo (Carlos Zamora).

Yo venía de visita desde los 14 años a Viña, llegaba donde unas tías. Ellas vivían frente al teatro Coliseo donde está la plaza en 13 Norte. Después tratamos de ubicar a unos amigos que conocimos en nuestro pueblo natal. Ellos se conocieron en la Fábrica Cemento Melón (Elsa Osses).

Llegamos a vivir en Hijuelas a Romeral, pero ahí estuve poco porque mi mamá falleció y a mí me trajeron a trabajar mis hermanas que ya vivían y trabajaban como empleadas en Valparaíso (Rosa Martínez).

El cambio del campo a la ciudad

Resulta normal que el cambio de un lugar a otro en cualquier individuo genere la tensión de tener que enfrentarse a un sinnúmero de variables desconocidas, alejadas de las certezas cotidianas en que se ha desarrollado. La tensión es mayor cuando ese cambio implica despojarse del modo de vida y la cultura de origen para poder adaptarse. Esto fue lo que ocurrió a casi todos los que llegaron a asentarse a las grandes ciudades durante la primera mitad de este siglo; pero sobre todo, a quienes como persona y como grupos llegaron directamente desde las zonas rurales.

Fue un cambio terrible el pasar del campo a la ciudad; uno estaba acostumbrada al campo, la crianza de pollos, chanchos, caballos. Mis hijos se mueren de la risa cuando les digo que yo tenía compañeros que iban en burro al colegio, era un lugar súper atrasado, pero la virtud estaba en que era una gente muy sana. En esos años todos nosotros nos bañábamos desnudos, íbamos al río, con compañeros y compañeras, y nadie hacía ni siquiera una broma de mal gusto; ahora quién se va a atrever a bañarse desnuda. Era gente más sana; más creyente, tenía más fe (Rosa Martínez).

No sabía ni ver la hora; fui tres años a la escuela. Aprendí a leer y escribir, pero no pude aprender a ver la hora, entonces cuando veía pasar el tren de las once, ahí me fijaba dónde estaban los palos y así aprendí a ver la hora (Delfina Cerda).

Para muchos en aquel tiempo, y principalmente en el caso de mujeres que trabajaron como asesoras puertas adentro, el llegar a Viña del Mar, estuvo precedido de una o varias escalas de permanencia en distintas ciudades del país.

De Pishuenco, mi mamá me ubicó en Valdivia, ahí cuidaba una niñita, pero la vieja era una abusadora. Me fui por mi cuenta donde el matrimonio que me trajo a Santiago, la familia Ruddlof. Ahí ya me afirmé, porque en esa casa me dedicaba sólo a cuidar niños, comía bien, buen alojamiento. Estuve en Santiago, no me gustó para nada, lo encontré horrible, me vine para Viña del Mar, donde un medio hermano de la patrona que tenía en Valdivia (Delfina Cerda).

En la ciudad se podía aspirar a un proyecto de vida

No cabe dudas que en la ciudad de Viña del Mar hacia los años 40 y 50 donde se necesitaba mano de obra, quienes lograban ubicarse en trabajos estables, echaban bases para pensar en proyectos de vida que no tuvieron cabida en su pasado inmediato. Aquí muchos «andantes», como el padre de la señora Marta Heredia, vieron la posibilidad de trabajar y establecerse.

Una vez que se conseguía trabajo, el formar familia y pensar en un hogar se volvió lo común para los miles de hombres y mujeres que llegaron a radicarse a la ciudad. Vivieron primero arrendando pieza o habitando ranchos y cités de los arenales de entre 8 y 15 Norte, en la subida de Caleta Abarca, en Santa Inés, instalados en los faldeos de diversos cerros y en los costados de las numerosas industrias que habían de 15 Norte hasta Las Salinas.

Durante 11 años viví en 14 Norte, plan de Viña y antes vivía en 10 Norte, ahí nací y me crié. En 11 Norte arrendábamos mis hijas y mi madre (Luisa Cabrera).

Para muchas mujeres, el casarse significó tener que abandonar su actividad laboral y abocarse al cuidado del hogar y de los hijos que pronto comenzaron a llegar. Pero era en buena medida el proyecto anhelado de entonces, tener una familia propia, un hogar, significaba el comenzar a reconstituir por sí mismo un grupo afectivo básico, que rompía con el abandono y la orfandad con la que buena parte de ellos habían deambulado durante la infancia.

Empezamos a pololear y al año siguiente me casé. Me dolió mucho dejar la industria. Estuve en la Massu (industria textil) hasta los 22 años, después me retiré porque tenía proyecto de casarme y a los 23 años me casé. Nos casamos y yo siempre fui una mujer romántica, me gustaba el atardecer en la playa, las flores, la música, y él por el contrario, era frío, era cien por ciento machista, pero lo amaba igual (Alicia Maerten).

Por cierto que en esta relación había machismo y reproducción de un modelo patriarcal de familia (tal vez el único que habían conocido), pero los jóvenes y/o adultos de aquella época venidos de todas partes del país, buscaron con prontitud una familia propia y apenas tuvieron oportunidad la construyeron o «la inventaron» sin ver necesidad de cuestionársela, simplemente la hicieron, pues la necesitaban, ambos. La asumieron de la manera como se entendía una familia en ese tiempo: el hombre era el proveedor y la mujer en labores de casa y crianza de los hijos.

Yo me casé a los 30 años, ya era una mujer. Sabía que me había casado con un hombre pobre, entonces tenía que ayudarlo y como trabajaba de transportista estaba todo el día fuera de casa. Me daba cuenta de mi situación y trataba de ayudarlo, aunque fuera en las labores propias de casa (Herminda).

Emergen las identidades populares y cambia Viña del Mar (1930-1960)

De invisibles moradores a habitantes de barrios obreros

La presencia de asentamientos y habitaciones de trabajadores en Viña del Mar, se registra ya desde mediados del siglo pasado, cuando este poblado recién comenzaba a organizarse en torno a la estación de ferrocarriles. Allí instalaron sus viviendas los trabajadores ferroviarios. Así lo hizo notar Benjamín Vicuña Mackenna cuando se refirió al pueblo de Viña del Mar.

Viña del Mar, considerada ya como pueblo, nació a la vida, porque es propiamente hija de los rieles. La antigua estancia quedó entonces en un punto de convertirse en una ciudad de salud y placer. A pesar de todo Viña siguió siendo un caserío embrionario, donde lo principal reducíase a la estación y su recinto. Primero fue el potrero que comenzó a llamarse «La Estación» y en derredor de él, surgieron viviendas improvisadas, muy modestas, la mayor parte de empleados de la línea, porque no fue más lo que hubo en los sitios en que ahora se levantan tantas residencias de lujo.⁴

⁴ García, Héctor: «Para una historia de Viña del Mar». *Paréntesis* N°6, CECAP, Valparaíso, 1989.

Pero hasta las primeras décadas de este siglo, según parece, los asentamientos populares y los grupos sociales que lo conforman no se muestran lo suficientemente constituidos ni ejerciendo un rol reconocido dentro de la ciudad. Su presencia se encuentra amagada y desdibujada, tanto por el predominio del proyecto balnearista como por la baja articulación que presentan en cuanto clases laborales.

Si tomamos en consideración las descripciones que hacen los relatores oficiales de la Historia de Viña del Mar, podríamos concluir que las clases populares hasta entonces no registran una presencia que permita visualizarlas más allá de la marginalidad, la dispersión y la disfuncionalidad dentro de la ciudad.

Estaban también habitadas las dos primeras manzanas de la Avenida Libertad, hacia el mar, avenida llamada antiguamente de las basuras. Algunas casas modestas y una que otra pequeña industria artesanal ocupaban la frontera con los arenales que se extendían hasta el actual Regimiento Coraceros.⁵

Y es que por entonces la ciudad que se hace presente y la única que visualizan los relatores oficiales, es la Viña del Mar de la aristocracia, una especie de paraíso terrenal hecho a imitación de balneario europeo.

La señorial calle Alvarez, con sus mansiones grandiosas, la amplia playa de Miramar y a su lado el deslizador del astillero de Balfour y Lyon, ex Maestranza Lever y Murphy, donde hoy está el Hotel. El cerro Castillo y Reñaca casi sin ninguna casa. En los sectores de Chorrillos y Miraflores, se fueron instalando residencias magníficas, de las cuales salían preciosos carruajes tirados por caballos que conducían a sus dueños al centro. Lo más intenso era la vida social, que se movía entre vestidos largos y rizos colgando sobre encajes. Eran los tiempos de las fiestas donde el vals hacía suspirar. El Club Social «Viña del Mar» ya había comenzado a seleccionar los apellidos y las excentricidades de muchas familias. Allí los amores y los negocios, las alegrías y las envidias, todo envuelto como carnaval.⁶

La pobreza de las referencias realizadas por estos relatores respecto a quiénes vivían en la frontera de la ciudad, impiden con frecuencia formarse una opinión fundada en cuanto a quiénes y cuántos eran o qué hacían y como vivían los moradores de estos arenales.

Sin embargo, la huella de sus pisadas y los testimonios de estos invisibles moradores, señalan que hacia la década del 30, a un costado de este carnaval habían asentamientos humanos y grupos de familias que expresaban otras formas de vivir y habitar esta ciudad. Eran los que no aparecían como invitado oficial a la hora del vals. Estos habitantes representaban a las clases laborales que estaban aquí desde el siglo pasado.

Mi abuelito era cochero, vivía en el sector de Los Lirios de Santa Inés. Mi abuelito fue cochero de José Francisco Vergara, el mismo que vivía en la Quinta Vergara, era dueño de casi todo Viña. Mi abuelito nunca compró, el murió arrendando. En ese entonces, no estaban las casas que se ven ahora por los alrededores, era como zona de campo. Estaba el Coraceros y lo otro que aquí habían muchas industrias (Carlos Covarrubias).

Durante las primeras décadas de este siglo, sus pares siguieron llegando ininterrumpidamente. Arribaban como grupos de amigos, en enlaces y redes familiares, traídas por patrones puertas adentro, enviados por tren en busca de familiares o en prolongadas caminatas. Ellos entraron por la vía del trabajo a la ciudad y vieron a ésta desde el lado de los arenales donde, a menudo le hicieron el quite a las residencias magníficas, salvo cuando fueron a construirlas o a servir las o cuando se enamoraron y ofrecieron convivencia a la que allí servía puertas adentro.

Me vine a Viña del Mar a fines de 1923, porque tenía un hermano acá, el José Reyes. Vivía en un cité que estaba a un costado de la industria Graty, ahí en 15 Norte, donde está el Ekono (supermercado). Se pagaba arriendo. Antes Viña eran puros arenales, a Viña se iba en carros a caballo (Leopoldo Reyes).

⁵ Silva Bijit, Roberto: *Me llamo Viña del Mar*. Editorial El Observador, Quillota, 1974.

⁶ Silva Bijit, Roberto: Op. cit.

Dichos habitantes vivían en la ciudad y su vida transcurría ligada fundamentalmente al problema de la subsistencia, ellos expresaban una relación temprana con las actividades laborales de la zona y habitaban en piezas y cités para obreros.

Vivíamos en la población Graty, al lado de la industria en 15 Norte, donde hoy está el Ekono. Ahí nacimos nosotros. Eran unas casitas de un piso de adobe y por fuera revestidas en madera. Por dentro eran rústicas, nada de revestidas con papel como ahora. Se compartían los baños, habían baños colectivos y se lavaba ahí mismo, habían artesas de cemento. Yo creo que debían haber unas doscientas familias por lo menos y todos trabajadores de la Graty (Carlos Covarrubias).

Antes, esos mismos lugares (de 8 a 15 Norte) eran puros arenales, se hacían puras casas de obreros, eran cités. De 8 Norte para allá, antes era difícil que una manzana tuviera más de cuatro o seis casas, había una casa en cada esquina y el resto era jardín y árboles por los lados (Eduardo Tapia).

Sin duda que quienes habitaban en los sectores populares en aquel tiempo vivenciaban una ciudad de Viña del Mar que era en muchos aspectos distinta a la que recreaban los grupos de la élite local.

Se me ocurre que fueron las carreras de caballo, quizá el espíritu aventurero o el afán por los riesgos, lo que impulsó a mis hijos a dedicarse al juego, que sin ser vicio, era una distracción europea que había que imitar en la costa, en esta costa que sabía de apuestas y de fortunas con olor a salitre, a herencia o a trabajo.⁷

En realidad los sectores populares durante las primeras décadas de este siglo, generaron un dinamismo social que transitaba de manera paralela a la de los «hijos» de Viña del Mar, pues su expresión no aparece como funcional a la imagen del balneario que promueve la dirigencia local. La socialización y la recreación de las clases populares viñamarinas escurrió entonces de modo preferente dentro de sus ámbitos cercanos y privados. Así la vida transcurrida dentro del cité será en buena medida la vida de la mujer y los niños, también el recorrido por la playa y la inspección al muelle Vergara. En el territorio ocupado se concurre a «los Boliches» o almacenes de ese tiempo. La juventud (que ya trabajaba) y los adultos participan de carreras a la chilena, y concurren a la hípica del Sporting.

A medida que se fueron localizando como concentraciones obreras, fueron también apareciendo los espacios de esparcimiento tras la jornada laboral, que se instituyen como lugares propios y característicos de recreación obrera.

En San Antonio, que antes era calle Quillota, habían casas de remolienda, por ahí habían unos callejones, había un salón de baile y quintas de recreo (Leopoldo Reyes).

Lo que no aparece con claridad hasta entonces, es la manifestación de organizaciones sociales populares a nivel barrial o en los centros laborales. Una de las excepciones, tal vez, la constituye el sindicato de la CRAV (fundado en mayo de 1927), aunque el paternalismo (patronal) con que surge y su ideología gremialista le mantiene alejado de la expresión de los conflictos sociales en la ciudad y su accionar se vuelca más bien hacia dentro del propio gremio. Tal situación se revertirá en todo caso hacia mitad de siglo.

La entrada definitiva de las clases populares se produce efectivamente entre las décadas del 30 y el 50, cuando éstas logran constituirse como identidades sociales que llegan a incursionar con fuerza y masividad en diversos ámbitos públicos de la zona. Por entonces pueden reconocerse vinculadas a un dinamismo que produce transformaciones profundas en la ciudad. Aparecen como clases trabajadoras que se organizan en sindicatos y como grupos sociales que progresivamente se van haciendo de un espacio y un rol dentro de Viña del Mar.

En ese tiempo trabajaba para (Guillermo) Guzmán y Compañía y era muy difícil formar sindicatos. Entonces hicimos unos programas deportivos para interesar a todos los obreros y así es como formamos sindicatos también. Había una ley que exigía tener 25 firmas para formar un sindicato y directiva; si no se reunían esas firmas cuando volvían al trabajo despedían a todos los integrantes de la directiva. Entonces se hizo un programa deportivo que interesaba a toda la gente y se dijo que se iba repartir premios, por interés toda la gente asistió a esa reunión, y ahí se pudo formar un sindicato.

⁷ Silva Bijit, Roberto: Op. cit.

Cerramos la puerta y pusimos a los más maceteados en la salida, así que «de aquí no sale nadie», hasta que no llegue el Inspector del Trabajo (Jorge Escudero).

Los sindicatos daban los beneficios de siempre, uno entraba y se pagaba una cuota, que nunca subía. Entregaba beneficios como el ayudar a enfermos y otras cosas que uno iba consiguiendo por peticiones a la empresa, por ser ropa para el trabajador; que era lo que correspondía diera el patrón a sus empleados, pero que si no venía a supervisar la confederación, el patrón no las daba, si eso ha sido siempre igual; el patrón explotando al trabajador y tratando de gastar lo menos en sus empleados... Hubo un tiempo en que era obligación afiliarse a su sindicato; entraba a trabajar y se afiliaba al tiro al sindicato, era la ley, debía estar sindicalizado. Se hacían las elecciones todos los años, con presupuesto de gastos, contador y otras cosas que se necesitaban (Eduardo Tapia).

Como trabajadores aparecen representando a la fuerza de trabajo que se desempeña en infinidad de oficios. Como habitantes de Viña del Mar, se verán como los integrantes de los sectores y barrios obreros que comienzan a tomar forma y masividad a partir de los años 30. En esta época se asentaron principalmente hacia el costado nororiente del plan (parte plana) de la ciudad, entre 8 y 15 Norte, en los faldeos del cerro Forestal y desde el cerro Santa Inés, hasta el muelle Vergara. Era la zona que dominaba todo el espacio que da a las playas de Viña del Mar.

Entre barrios obreros que emergían y un temprano relacionamiento a las actividades laborales de la zona, se irán forjando las identidades sociales de quienes crecían en esta frontera de la ciudad. La imagen de las fuentes laborales que se hacen presente en este espacio ha quedado grabada profundamente en los recuerdos y recreaciones que hacen los niños y jóvenes de entonces.

Yo era hijo de cartero, mi padre repartió a caballo hasta 1930, cuando toda la parte alta eran bosques. Nosotros vivíamos en la población Vergara, por entonces habitaba sólo por obreros de la industria. El plan de Viña lo constituían las fábricas y las poblaciones callampas que lo colindaban. Para acceder al otro lado del estero, o sea la parte sur, habían dos puentes, uno de vehículo y el otro peatonal en calle Quinta. Todo la calle 15 Norte estaba poblada de industrias: el matadero, la Graty, Ambrosoli, Fulgoni, Girardi, CRAV, Textil Viña, Pinturas Blundell (Pedro Tapia).

La prole que fue surgiendo en el seno de estas familias asentadas en los arenales, crecerá valiéndose como niños que en el centro de sus preocupaciones cotidianas reflejan la necesidad de responder pronto en un modo de ganarse la vida.

En el muelle (Vergara) había unos bodegones, ahí guardaban el azúcar de la CRAV que traían y se embarcaba. Era azúcar rubia y la CRAV la procesaba. Los niños y los cabros jóvenes sacaban azúcar del tren, abrían los sacos no más (Leopoldo Reyes).

El tren que venía de la refinería pasaba por todo 5 Oriente, atravesaba por donde estaba el puente del Sporting y nosotros nos colgábamos del tren para sacar azúcar. Después nos cambiamos de la población de la Graty a 13 Norte con 5 Oriente y el tren justo pasaba por ahí. Llegábamos hasta el muelle Vergara, ahí se descargaba el azúcar y en unas lanchas la llevaban hasta el puerto. Como el tren pasaba despacito, nos subíamos y sacábamos azúcar rubia que se hacía entonces (Carlos Covarrubias).

Hacia los años 40, esta especie de «dulces chinchorreros», habían crecido y comenzaban a reproducirse como familias de obreros del plan de la ciudad. Su presencia aparecía masificada por toda la parte norte de Viña del Mar, el espacio más cercano y apegado a las playas del balneario.

El sector donde vivía mi papá es por donde estaba el Coliseo, ese sector se llamaba «mundo nuevo», hace muchos años atrás. El Coliseo era un gimnasio, ahí se hacía básquetbol, se hacía boxeo, hasta en una oportunidad se hizo torreo, vinieron unos españoles. Estaba entre 13 y 14 Norte, se llamaban Coliseo Popular, era de la municipalidad. Mi juventud fue entre la población Vergara y Santa Inés, nosotros, digamos mis padres vivían en la población Graty, al lado de la industria. Estaba el muelle Vergara, esa era la playa nuestra (Carlos Covarrubias).

Las corrientes migratorias del país acentuaron y multiplicaron esta presencia y ello se vio sostenido por una notoria expansión de la infraestructura productiva de la zona. Al calor de estos procesos se fue gestando la aparición de infinidad de espacios de recreación y esparcimiento de las clases populares, que acompañaron por largo tiempo la dinámica social de las concentraciones obreras viñamarinas.

Desde las mismas faenas y centros laborales se fueron desarrollando espacios de sociabilidad y esparcimiento que prolongaban sus encuentros más allá de las jornadas de trabajo.

El sindicato por ejemplo hacía la labor de tratar de unir a la familia. Los fines de año nosotros teníamos la navidad, después las fiestas patrias, hacíamos ramadas, entonces celebrábamos el 18 de septiembre... asistía toda la gente. El obrero iba con su familia y se divertía en fiestas patrias, se hacían las ramadas en Santa Inés en Sausalito. El baile era con un regalo, se regalaba un pollo, bebida para los niños, galletas, golosinas, todas esas cosas... una parte la ponía la industria y otra el sindicato (Jorge Escudero).

De igual modo la organización sindical se convirtió en un espacio donde se gestaban iniciativas deportivas que convocaban al conjunto de la comunidad laboral viñamarina.

En la escuela industrial se hacían competencias todos los días sábados, campeonatos interindustriales, con puntajes. Habían pocas canchas, estaban la Graty en 8 Norte, la cancha del muelle Vergara, que estaba mala pero se podía jugar todavía, y las canchas del estero (Marga Marga) que eran varias (Eduardo Tapia).

En un tiempo remoto fueron las carreras a la chilena y los encuentros de box, ahí cerca del matadero en 5 Oriente y después se diversificaron en variadas expresiones.

La juventud necesitaba ganar plata para salir a divertirse, había hartos donde ir a bailar, estaban las Quintas de Recreo, había de todo para divertirse. En esa época uno se lo pasaba metido en los negocios, se iba a tomar su botellita, y se le acompañaba con una pinchanguita y así seguía. Al teatro, a las carreras del Sporting y lo otro era jugar fútbol (Eduardo Tapia).

La diversificación de las actividades sociales donde se manifestó la familia popular es un hecho significativo durante la primera mitad de este siglo. Por entonces usó y compartió la playa como lugar a recorrer y donde extraer recursos del mar, participó de la hípica en el Valparaíso Sporting Club, en donde instituyó el festejo al costado de la pista y se integró a las apuestas. Será el tiempo en que comienzan a instituirse diversas formas de organización barrial y laboral preocupadas por las actividades recreativas y deportivas que perdurarán hasta nuestros días.

Casi todas las fábricas tenían repartidas por el plan su cancha de fútbol donde se hacían los campeonatos interbarrios o interempresas (Pedro Tapia).

Como a los 18 años yo empecé a ser dirigente, porque a mí me gustaba el fútbol, de hecho yo antes jugaba mucho fútbol hasta que tuve una enfermedad y ya no pude jugar y entonces me dediqué a ser dirigente y lo soy desde esa época, debo haber tenido 18 años allá por el 52 (Carlos Covarrubias).

De igual modo, se hacen presente en variadas celebraciones o festividades significativas para el conjunto, lo que se traducía en integración y ocupación de diversos espacios de la ciudad.

Estaban la fiesta de la primavera y fiestas patrias, que se realizaban de preferencia en calle Quillota o 5 Oriente (Pedro Tapia).

Actividades hubieron siempre, por decir actividades deportivas, de recreación, incluso acá en 13 Norte se hacían reinados muy bonitos, en el sector San Antonio. Esos reinados los organizaba la Iglesia Católica de San Antonio. Yo iba todos los días ahí a la Iglesia, que tenía unos cieguitos, entonces, jugábamos a la pelota con ellos, se usaba una pelota que tenía unos cascabeles. Después en Santa Inés se hacía lo mismo a través de clubes deportivos (Carlos Covarrubias).

Pero en la dinámica de vida se hacía presente también uno de los problemas sociales que ha revertido con especial dramatismo en la historia de la familia popular chilena: el alcoholismo, que ha dejado huellas profundas y traumáticas.

Yo creo que se tomaba de acuerdo a lo que se ganaba, la gente tomaba hartos y tomaría más si pudiera. Uno iba a un bar, a los salones de pool, a jugar una brisca y así seguía, por lo menos el fin de semana (Eduardo Tapia).

Antes pasaba que donde se instalaba una construcción, al lado o muy cerquita, había quien se instalaba con un negocio de venta de vino. Si antes el que quería vendía vino, no existía vigilancia de carabineros. Mi papá se pagaba y todos se iban de la construcción al bar porque allá pagaba y no falta el que ofrece una agüita para los ayudantes y de ahí, la tomatera era cosa de rato (Carlos Covarrubias).

Por entonces el problema se mostró agudizado, pues venía cobijado dentro de los efectos de la crisis social que arrastraban las familias pobres de la sociedad chilena desde el siglo pasado. En ese tiempo la situación no encontró respuesta suficiente ni en la organización popular, ni mucho menos en las políticas sociales estatales que demostraron tolerancia frente a ello. Como problema social que tocaba el fondo de la familia popular debió ser padecido y asimilado (en la medida de lo posible) individualmente por cada uno de quienes lo afrontaban.

Cuando se agarró del trago, ahí se le descompaginó el carácter y me costó sacarlo del vicio. Yo me di cuenta que era la causante de que él se metiera al vicio de tomar. En ese tiempo él se emborrachaba 3 ó 4 veces diarias, después llegó a la agresividad más grande. Él había sido boxeador en sus tiempos mozos. Me acuerdo que yo le pedí que me enseñara box y gracias a eso en una ocasión nos cruzamos a golpes y de ahí se acabaron las peleas y no nos hemos vuelto a encontrar (Elsa Osses).

Pero a pesar de los múltiples y vitales problemas que arrastraba consigo el proyecto social de las clases populares en la ciudad de Viña del Mar durante la primera mitad de este siglo, el movimiento social demostró que tenía fuerza para perfilarse hacia la constitución de identidades sociales propias en el contexto de la urbe. Este sentido de afirmación de identidad propia en Viña del Mar, hacia mitad del siglo, le señaló con claridad cuál era su rol y participación dentro de la ciudad.

En ese tiempo era una ciudad más de trabajadores que de turismo. Si de 8 Norte para acá vivía la gente modesta, esos lugares eran arenales, se hacían casas de obreros, para allá vivían los jaibones (Eduardo Tapia).

Será el momento en que el sujeto popular perciba que en Viña del Mar se podía transitar ya no sólo por la vía del turismo. En todo caso, la doble vía que aparece se expresa contradictoriamente con sus intereses. Por un lado, le permite expandirse como clase social productora reconocible como tal dentro de la ciudad, y por otro, la confronta en una disputa de espacio geográfico y social con la Viña del Mar oficial.

En efecto, entre el 30 y el 50, las clases populares viñamarinas, vivieron un período en que se afirmaron y vincularon en torno a la actividad fabril que se daba en la zona. A ella concurrieron miles de hombres y mujeres que vivían o llegaron a vivir en esta ciudad y que tempranamente se incorporaron como fuerza de trabajo.

Si imagínese que nosotros llegábamos a cambiar la fecha de nacimiento en el carné, porque a los 15 años a uno lo recibían en la industria (Eduardo Tapia).

En esta inserción a la industria o en diversos rubros (formales y no formales) de la economía en que se barajaron, destaca además, la alta participación de mujeres que se desempeñaron laboralmente en la zona, entre el 40 y el 50.

Antes trabajaban muchas mujeres en la industria, o sea, el marido y la mujer trabajaban. Mi mamá trabajaba en la Graty (industria textil), mi tía también. Mi papá trabajaba en la construcción. Nosotros, los cabros al tener cierta edad había que entrar a trabajar también. Yo empecé como a los 14 años a trabajar en lo que fuera, claro que lo más fácil era la construcción porque la industria a uno no lo recibía con esa edad, sí en la construcción (Carlos Covarrubias).

En los hechos, sin embargo, las industrias operaron con la contratación de menores que no llegaban a cumplir la edad establecida por las leyes.

Como a los 13 años entré a trabajar a una industria textil, la Massu, antes estuve en la Textil Viña, pero era muy niñita y no me daba el cuero. Después entré a la Massu y ahí me quedé. Era una industria de mediano tamaño. Yo trabajaba en la sección preparación y en total trabajaban unos 300 a 400 operarios entre tejedores y el resto. La industria tenía dos sedes, una en Limonares y la otra en 10 Norte. Hacían medias, poleras delgadas; la otra se dedicaba a la fabricación de

géneros. Ahí estuve hasta los 22 años, después me retiré porque tenía proyecto de casarme y a los 23 me casé (Alicia Maerten).

Yo entré a trabajar a la Graty cuando tenía 14 años y tengo entendido que ahora no podría entrar a trabajar a esa edad. Entonces por eso me decían niñita no más los patrones, que no me vieran, que no fuera tan visible, cuando gente importante de fuera iba a ver cómo funcionaba la industria. Había gente que sabía cuando llegaba alguien, ahí partían a avisarle a la niñita para que no fuera tan visual.

Me adapté al tiro al ritmo de las máquinas, capté las enseñanzas de mi maestra, yo iba como ayudante para alivianarle su trabajo y resulta que no llevaba un mes adentro y ya tenía a mi cargo cuatro máquinas, eran telares inmensos. Yo lo encontraba que era peligroso porque se trabaja con lanzaderas de punta de metal, puntudas, entonces a veces no quedaban bien colocadas y salían disparadas y si toca a alguna persona, podía hasta perder la vista, tenía ese peligro (Sonia Ramos).

A este ritmo fue apareciendo una ciudad de trabajadores de Viña del Mar, que desafiaba de plano la ciudad balneario. En ese tiempo, Viña «además de turística era una ciudad industrial», y con ese imaginario fortalecido por los hechos de los cuales participan, emergen las identidades populares a mitad de este siglo.

Sin embargo, de modo paralelo a esta irrupción, se había expandido el proyecto de ciudad balneario propiciado y defendido por la élite de la localidad (política y comerciante). Éstas con fondos prestados por el Estado chileno, y favorecidos por leyes especiales en el primer gobierno de Carlos Ibáñez, lograron dar un paso decisivo en la conformación de la ciudad turística. La dirección que tomó esta expansión fue la parte norte de la ciudad, para acercar el balneario a la playa. Allí se instaló el casino y se realizaron numerosas obras de hermoamiento urbano. Con ello vino el encarecimiento del suelo y comenzó el desalojo de los pobres del plan de la ciudad.

De primera cuando se empezaron a construir el hotel, el casino, el teatro; todo eso parecía que iba ser para mejor, para el progreso y que iba a haber más trabajo, además las fábricas todavía no se iban; entonces se veía algo nuevo que parecía mejor. Pero después junto con eso las fábricas empezaron a irse. Sin contar que empezaron a subir de precio los terrenos y arriendos ya ahí empezó a desaparecer la ciudad jardín (Eduardo Tapia).

La alternativa que barajaron entonces fue comenzar a subir y a poblar diversos cerros.

La gente empezó a irse para arriba porque los precios de los terrenos de abajo no estaban al alcance del bolsillo de los trabajadores (Carlos Covarrubias).

En todo caso, fue un tiempo que les encontró con bases sociales y organización suficiente para encauzar un nuevo período con proyecto de construcción de barrios, poblaciones y ciudad, ahora, en los cerros de Viña del Mar.

La transformación de Viña del Mar

Pese a que nunca existió una ley que favoreciera el desarrollo de la actividad fabril en la comuna, tal como ocurrió en 1928, para fomentar el turismo; será principalmente la actividad industrial, la que actuará como eje transformador de la ciudad.

En realidad, el impacto dinamizador de la actividad fabril ya se había hecho notar en el siglo pasado con la Refinería, sacando al poblado de su «ritmo soñoliento» y actuando según se reconoce, como: «La piedra angular del progreso de aquella villa».⁸

La actividad que generaban los visitantes del lugar de veraneo, sólo se hacía notar, con fuerza, en los meses estivales. Será después de 1930, con la apertura del casino y las numerosas obras en infraestructura del «Plan Balneario»,⁹ que la actividad turística vino a representar un factor que aportará con mayor continuidad a las arcas municipales y al «progreso de la ciudad».

⁸ García, Héctor: Op. cit.

⁹ «El Proyecto contemplaba el empréstito de 12 millones de pesos pedidos al gobierno para, entre otros, la construcción del casino municipal, un gran hotel moderno, pavimentación de calles y concluir el teatro municipal. Fue presentado al

Sin embargo, aunque las inclinaciones balnearistas lograron notables éxitos en sus afanes de consolidación, la ciudad como tal, continuará aumentando sus capacidades productivas, y en los años 40 tomarán nuevo impulso al verse favorecidas por los aires desarrollistas de la política estatal que animan la generación de la actividad fabril en diversos puntos del país.

Este reimpulso a la actividad fabril en la zona, confluye con un enorme desplazamiento de población que toma rumbo a la ciudad y será el momento en que se va a producir la transformación general de la estructura social, económica, demográfica y geográfica de la ciudad de Viña del Mar, con efectos hasta nuestros días.

Se configura así una nueva realidad de ciudad, donde ésta, además de balneario para la élite, representa ahora un extraordinario complejo fabril donde se hacen presente variados rubros de la producción: textiles, químicas, metalúrgicas, alimenticias, y muchas otras. La ciudad cambió, «Viña era una ciudad, además de turística, industrial», y esto ha quedado grabado, en la memoria de los habitantes de mitad de siglo que laboraron en la localidad porque mirado a tiempos actuales, reflejaba, otra situación.

Era un cordón que abarcaba todos los rubros: alimentarios, maquinarias, construcción, textiles, portuarios, pesqueras... y que reflejaban una mejor situación económica de la población y el aumento de ésta por la inmigración de otras regiones (Eduardo Tapia).

La importancia de la actividad fabril en la zona y su enorme incidencia en el cambio de la composición social y cultural de sus habitantes, es un hecho que aparece respaldado por los datos que arroja la revisión de la estructura laboral de la comuna.

El Censo de Población de 1940, señala la existencia de 5.190 obreros en industria manufacturera de la comuna de Viña del Mar, que representan un alto porcentaje del total de trabajadores de la comuna. De éstos, 78% eran varones y 22% eran mujeres, lo que indica una fuerte presencia femenina en las faenas productivas, incorporada al rubro fabril. El mismo Censo, arroja una población total de 70.013 habitantes para la ciudad de Viña del Mar, en 1940.

Sin duda, que el dinamismo industrial de mediados de siglo, será el gran foco de atracción de los migrantes venidos de todas partes del país, que llegaron a trabajar en la ciudad. Viña del Mar, además de ocupar su rol de «ciudad dormitorio» para quienes vivían en la ciudad pero laboraban en Valparaíso y otras zonas cercanas (Quilpué, Belloto, Villa Alemana, Con Con, Ventanas), comenzaba a generar un dinamismo económico «autónomo», como lo habían soñado sus fundadores, sólo que el actor principal de este proceso era distinto al que pensaron en aquella época. Los trabajadores industriales y de otros rubros, se quedaron a vivir aquí y fueron generando sus propias relaciones, espacios de habitabilidad y sociabilidad ocupando una parte del Plan primero, y luego, en los cerros cuando el «Plan Balneario», no contempló su presencia en el espacio residencial, y cuando la población que llegó fue tanta, que la planificación urbana se vio sobrepasada con creces.

a) Los barrios populares de Viña del Mar hacia los años 50:
nuevos espacios de asentamiento para una nueva identidad en la ciudad

En esta entrada definitiva de las clases populares en la ciudad de Viña del Mar, que cambian radicalmente la estructura social de la ciudad, se produce también la transformación del modo de vida de los sectores populares, como sujetos urbanos.

Primero vino la saturación de los asentamientos originales, surgidos como poblaciones de obreros, callamperíos, ranchos y cités en distintos puntos del plan de Viña. Con la avalancha de población inmigrante, rápidamente estos lugares se saturaron al no tener cabida para acoger una demanda por

gobierno del general Ibáñez, quien atendió la petición y además patrocinó y obtuvo la dictación de la ley en el congreso (Ley 4283) el 7 de febrero de 1928, promulgada para el progreso de Viña y fomentar el turismo en la ciudad». García, Héctor: Op. cit.

habitación que les sobrepasaba en su capacidad de absorción. Se gestaba con enorme celeridad un conflicto humano y social de fuertes dimensiones en el seno mismo del radio plano de la ciudad.

Cuando recién se casaron mis papás vivían en 15 Norte. Ahí habían unas poblaciones súper pobres para los obreros industriales y mi papá arrendaba una pieza. Frente a la puerta de entrada pasaba el ferrocarril, incluso la actual calle 5 Oriente se llamaba calle ferrocarril (Inés Figueroa).

Vivía en un cité. Era una pieza grande y una chica, no había cocina, se tenía que cocinar en un bracero. Había un pilón, ahí lavaba la gente, no tenía baño, eran baños en común (Leopoldo Reyes).

Vivíamos en un cité era un lugar feo, recontra pobre. En el cité la pieza no tenía ventanas (Eugenia Briceño).

El crecimiento de la ciudad fue tan vertiginoso que la saturación pronto llegó también a los primeros barrios obreros que se dieron en los cerros.

Vivíamos en Santa Inés, éramos como 19 personas viviendo en 3 piezas, la casa debe haber sido de unos 4 por 4 en dos niveles, vivíamos en 32 metros cuadrados. Yo dormía en un mueble que se adaptaba como cama en la noche. Se compartía todo, un patio chiquitito, cuando niño lo veía grande, después cuando bajaba desde Achupallas a ver a los abuelos, ahí me di cuenta de lo chico del espacio donde vivíamos (Carlos Zamora).

La política de vivienda estatal, no tuvo respuesta para esta demanda en los años 40 y 50, y sólo hacia fines del 50 y mediado de los 60 generará alternativas de importancia en los cerros, como será el caso de Limonares y Gómez Carreño.

De tal modo que los sectores populares de la mitad de siglo en Viña, tuvieron que arreglárselas por su cuenta: arrendando cuartos de pensiones, piezas de conventillos y cités, allegándose donde familiares y amigos, instalándose en sitios eriazos de la periferia, al costado del estero Marga Marga, o en los faldeos de los cerros deshabitados.

En calle Las Heras 1425 (Forestal) vive la dueña del predio que se comunica con el conventillo insalubre 1437 donde se arriendan seis piezas redondas a razón de 900, 700 y 600 pesos mensuales la más barata. Lo insalubre del conventillo donde existe un pozo séptico y una llave de agua potable en común, es algo irritante porque la mayor parte de los inquilinos son personas de escasos recursos.¹⁰

En terreno adyacente a los que ocupa la Refinería de Petróleo en construcción en Con Con, se ha levantado una nueva y vergonzosa población callampa, con ranchos de latas, tablas, gangochos, sin luz, agua potable ni menos servicios higiénicos. Lo más grave del caso que son los obreros de la Refinería en construcción quienes habitan esta población.¹¹

En el caso de muchas mujeres que arribaron a la ciudad por entonces, el problema habitacional lo resolvieron trabajando en servicio doméstico puertas adentro.

De todos modos se debe consignar que ya en esta época existían en la ciudad una serie de poblaciones, surgidas de iniciativas colectivas, promovidas por instancias gremiales y cooperativas de trabajadores de industria y de empresas de servicio del Estado.

El sector de Forestal Bajo por ejemplo «registra presencia de asentamiento desde 1919, pero su poblamiento masivo se da en las décadas del 30 y el 50, (donde) predominan los obreros textiles o de construcción, seguidos de un importante número de jubilados que han comprado un sitio para edificar su vivienda». Y el sector de Santa Inés que «comenzó a poblarse alrededor de 1920 para albergar a un contingente de bajos ingresos, que por consiguiente no podía construir en el plan ni en los cerros más cercanos. Estaba compuesto en su mayoría por obreros de las diferentes industrias del sector».¹²

10 «Caso conventillo insalubre Forestal». Periódico *El Intransigente*, Viña del Mar, 28 noviembre de 1953.

11 «En mísera y vergonzosa población callampa viven obreros de la Refinería de Petróleo de Con Con». Periódico *El Intransigente*, Viña del Mar, 23 mayo de 1953.

12 Díaz Román, Susana: «Viña del Mar, pauta del desarrollo poblacional y urbanístico en las últimas décadas en la Provincia de Valparaíso». Memoria de Título Historia y Geografía, Universidad Católica de Valparaíso, 1971.

Los barrios y poblaciones serán los lugares donde se irá recreando la cultura obrera y los patrones de sociabilidad. En ellos se irán reciclando las pautas culturales de sus lugares de origen. La vida cotidiana empieza a girar en torno al tipo de actividad económica y social que había en la ciudad.

Los pololos que hacían los niños para ganarse unos pesos, las viandas para transportar la comida, el ir a la escuela, los turnos en el trabajo, las esposas de los trabajadores, y muchos aspectos más irán conformando los elementos constitutivos de una identidad nueva para los migrantes en la ciudad.

b) Nos criamos en Santa Inés:

la experiencia de vivir en un barrio popular de Viña del Mar a mitad de siglo

Nos criamos en Santa Inés, era un barrio popular en la calle 24, que deslinda justo con la población militar. En Santa Inés las calles se dividen por norte, viene del 1 Norte al 24 Norte y al otro lado están las calles y su número, la calle uno, dos, tres... nosotros vivíamos en la 24, la última de arriba. Habían unos pilones de agua porque no había agua en las casas.

La mayoría era gente que trabajaba en las industrias de entonces, me acuerdo bien, porque nos ganábamos unos pesos llevando viandas a las industrias. A veces cuando estudiábamos en la tarde llevábamos viandas en el almuerzo e incluso, dependiendo del turno se llevaban en la noche. Me acuerdo de llevar viandas a la Graty y a la Sedamar, que estaban acá abajo en 15 Norte. Eramos como semaneros, nos pagaban por la semana. La comida había que ir a buscarla a la casa de las esposas de los trabajadores.

Cuando íbamos a dejar las viandas veíamos pasar el tren del muelle Vergara. Había una línea principal que era el acceso al muelle, después pasaba por 15 Norte, ahí había otra línea que se iba por Las Salinas y la otra seguía por el Sanatorio Marítimo tomaba 15 Norte llegaba hasta 5 Oriente, donde está ahora el Servicio General de la Municipalidad; antes había un matadero en ese lugar y de ahí para dentro en contra del tránsito de como es hoy. Todas las industrias tenían entrada para el ferrocarril, habían desvíos en las petroleras, en la Graty, en la COIA.

La gente que trabajaba en las industrias generaba posibilidades de ingresos económicos para los cabros chicos que ganábamos unos pesos llevando viandas y también para adultos, especialmente mujeres que daban pensión a los trabajadores.

La pensión era una pieza y la comida. En esa época era muy común que llegara gente de afuera a trabajar en las industrias. Mi abuela desarrollaba trabajos como lavandera de gente más a menos pudiente o en los restaurantes. En torno al casino siempre habían restaurantes jaibones y ella lavaba para esos restaurantes, mandaban a lavar manteles y servilletas. Habían hartos cabros chicos, se hacían pandillas por cuadradas. Nos juntábamos el lote de primos y jugábamos a la pelota, los viejos nos echaban a pelear y de ahí, salía el líder.

Ibamos todos los domingos y en especial el primero de noviembre a trabajar acarreamos agua en el cementerio. Partíamos en grupo con los primos para trabajar.

También trabajé vendiendo diarios para Carlitos, que tenía el principal quiosco de calle Con Con. A mí me decían «El Trampa» mis amigos y los tíos, me decían «Tío Rico», porque siempre tenía dinero. Era común entre los cabros salir a vender diarios, si con Carlitos trabajábamos uno 10 niños y cada uno repartía por calles asignadas.

La Avenida Con Con era la calle principal del sector. Había un cine, Teatro Prat se llamaba y en esa calle estaban todos los negocios, bajaba toda la gente del cerro a comprar ahí. Era como la calle Valparaíso, toda la gente transitaba por ahí. Era el paseo dominical, había una quinta de recreo.

El primer colegio donde estuve fue en la escuela número 30 de Santa Inés, que está en la Avenida Con Con que era como la calle principal del sector. La primaria la inicié allí y luego estuve en la escuela que estaba al lado del actual San Antonio (Carlos Zamora).

c) De arrendatarios a propietarios:

un cambio fundamental en la identidad popular viñamarina

La masiva invasión de los cerros viñamarinos del sector norte de Viña del Mar, por parte de las clases populares, se produce sobre la base de un cambio fundamental para su vida y su grupo familiar, la posibilidad de hacerse propietarios de su propio pedazo de suelo.

Este fenómeno toma una fuerza extraordinaria a mitad del presente siglo y durante toda la década del 60. Al igual como lo habían hecho los vecinos de Valparaíso en el siglo pasado, los migrantes de Viña del Mar comenzaron a fijar su vista en las partes altas de los cerros, en lugares inhabitables hasta entonces, por tanto, de menor valor comercial que los del plan a los cuales sí podían acceder.

El trabajo en la industria y en diversos servicios, en un período de alto dinamismo en la ciudad, daba la posibilidad de adquirir un terreno a plazo, sobre todo si de por medio había asociación de voluntades, entre los de un mismo sector social, de un mismo gremio, o sindicato. Y mediante diversos

mecanismos se fueron haciendo de un pedazo de la ciudad. Un sitio primero que aunque en lo alto del el cerro, ya era «algo propio donde vivir». La casa se podía improvisar con lo que fuera, en el tiempo se iría armando.

Arrendábamos en Santa Inés, en calle 4. Antes de casarnos yo le insistía a mi marido que teníamos que comprarnos un terreno, sea lo que sea, pero tener algo propio ya veríamos cómo se iría arreglando (Herminda).

Comenzaban de este modo a darse las bases para consolidar una nueva identidad en la ciudad: una identidad laboral asociada a la actividad de las industrias y diversos otros rubros, una cultura obrera que se congeniaba entre el espacio de trabajo y el sector donde se habitaba, un núcleo familiar propietario de un sitio en la ciudad, una identidad barrial donde se sentía que «todos éramos de un mismo sector social».

Fruto de los cambios en las condiciones de vida en la ciudad a mitad de siglo, se fortalece su estado de ánimo y deseo de expansión. Los obreros de entonces comienzan a proyectar su propia ciudad. Y darán pasos significativos en tal sentido. Desde sus lugares de trabajo mediante el mecanismo del ahorro, vía descuento por planilla, constituyen bases que le permitirán sacar adelante esta iniciativa. El proyecto de una ciudad satélite,¹³ para más de 10 mil familias de trabajadores en las Achupallas a comienzos de los 50, será sin duda, su expresión modelo, aunque no la única propuesta en tal sentido.

Favorecido por el clima político social, el proceso fue expandiéndose a distintos lugares de la ciudad en los años 60 e irán naciendo infinidad de poblaciones en los cerros viñamarinos.

Cuadro N°1:
Número de poblaciones creadas en Viña del Mar por décadas y habitantes

Años	Número de poblaciones	Habitantes
Antes de 1900	7	12.772
1901 - 1910	7	28.502
1911 - 1920	9	42.630
1921 - 1930	7	52.880
1931 - 1940	6	70.013
1941 - 1950	4	91.908
1951 - 1960	45	126.619
1961 - 1970	63	184.331

Fuente: Díaz, Susana: Op. cit.

Destaca en todo este proceso la relevancia que adquirió el sistema de la autoconstrucción como modalidad extendida de resolución al problema habitacional por parte del movimiento popular, con extraordinaria incidencia en sectores como Forestal, Miraflores Alto, Nueva Aurora, Reñaca Alto y Achupallas.

Su enorme impacto en Viña del Mar, fue un hecho que no pudo pasar por alto en los diversos ámbitos sociales de la comuna, y hubo que reconocer que formaba parte del progreso que experimentaba la ciudad por entonces.

Son poblaciones proletarias, en especial las de Achupallas, pero que con su esfuerzo han hecho de Viña del Mar una de las ciudades más progresistas del país, borrándose así esa falsa imagen de ciudad de gente adinerada, pues la mayoría la constituyen hoy los obreros y empleados.¹⁴

A estas alturas el desarrollo de las clases populares en Viña del Mar, alcanzaba una visibilidad enorme dentro de la ciudad, y pese a haber sido desplazadas por el «Plan Balneario» desde el suelo residencial de la parte plana, demostraron que habían acumulado fuerza suficiente para planificar y en buena medida también financiar, una ciudad para los trabajadores, ahora en terreno propio, en diversos

¹³ «Esta gran obra beneficiará a 10.000 personas que con sus familias suman 50.000 futuros habitantes para esa futura gran población, que será la ciudad de los trabajadores». Diario *La Unión*, Valparaíso, 12 febrero de 1957.

¹⁴ Díaz, Susana: Op. cit.

cerros de la ciudad. El avance que lograron, entre las décadas del 30 hasta fines de la década del 60, daba pie para afirmar que estos sujetos populares asentados durante la primera mitad de este siglo, generaron base para transformar a la ciudad de Viña del Mar a fines del 60.

Erróneo sería decir o suponer que Viña del Mar sigue siendo «una ciudad de ricos» como en sus orígenes, ya que sus 184.000 (Censo 1970), están muy lejos de ser en su totalidad personas de altísimos ingresos, muy por el contrario, la mayoría son de escasos o medianos recursos, especialmente la de los cerros más poblados (forman el 80% de la población), que por razones de trabajo o de cercanía a Valparaíso han preferido vivir en ella.¹⁵

VIÑA DEL MAR, abril de 1995

¹⁵ Díaz, Susana: Op. cit.